



PAUTAS DE
ORACIÓN
Fraternidad Misionera
“Verbum Dei”

5.02) ¡VIDAS CONSAGRADAS AL AMOR!¹

Durante esta semana vamos a empaparnos de la felicidad de algunos de nuestros hermanos que han hecho de su consagración bautismal el centro de sus vidas: ¿qué otra cosa es “vivir para el Amor” sino celebrar la libertad de poder defender en nosotros el Amor derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo (Rm 5,5)?

Pero ¿cómo defender al Amor en situaciones de tanta adversidad? Para mí el gran modelo es esta pareja a la que tanto queremos: José y María, que no dudan en salir corriendo cuando el mal personificado en Herodes quiere matar al niño que se les ha confiado. Después de ellos, que tuvieron físicamente a Jesús entre sus brazos, ¿es necesario seguir haciéndolo?, ¿dónde está el Amor perseguido después de que Jesús se va al Cielo?, ¿hay hoy otros Herodes que buscan matar al Amor de los amores que es nuestro Dios?, ¿ha habido a lo largo de la historia personas que le han defendido arriesgando su propia vida?

¡Claro que sí! La persecución contra el Amor, contra la Verdad, contra la Luz, contra el Camino,... está al orden del día en los diferentes momentos de la historia... Muchos le han defendido. Es por esto que durante estos días vamos a contemplar las vidas de hombres y mujeres que se dejaron “bautizar” (=consagrar) por el Amor en los primeros siglos: S. Sebastián (20/01), Sta. Inés (21/01), S. Vicente mártir (22/01), S. Pablo (25/01); pero también S. Ildefonso del s. VII (23/01), S. Francisco de Sales en el s. XVI (24/01). El objetivo de esta contemplación es que sus vidas iluminen las nuestras para que, sintiéndonos invitados a amar al Amor, aprendamos que pertenecemos a esa nube de testigos a los que la Trinidad les pide que sean luz en medio de la oscuridad, perdón en medio del odio, castidad en medio de la búsqueda del placer descontrolado, perseverancia para los dubitativos,...



¹ Podemos retomar las mismas citas indicadas en las pautas de la semana pasada.

S. Sebastián: la búsqueda de la fidelidad al Amor hasta la muerte.

Nació en Narbona (Francia) en el año 256, se educó en Milán. Cumplía con la disciplina militar, pero no participaba en sacrificios paganos por considerarlos idolatría. Como cristiano, ejercitaba el apostolado entre sus compañeros, visitando y alentando a otros cristianos encarcelados por causa de su religión. Acabó por ser descubierto y denunciado al emperador Maximiliano (amigo de Diocleciano), quien lo obligó a escoger entre poder ser soldado o seguir a Jesucristo. El santo escogió seguir a Cristo (cfr. Sal 63,2ss.).

Decepcionado, el emperador le amenazó de muerte, pero Sebastián se mantuvo firme en su fe. Enfurecido, le condenó a morir asaeteado. Los soldados del emperador lo llevaron al estadio, lo desnudaron, lo ataron a un poste, y lanzaron sobre él una lluvia de saetas, dándolo por muerto. Sin embargo, sus amigos se acercaron y, al verlo todavía con vida, lo llevaron a casa de una noble cristiana romana llamada Irene, esposa de Cástulo, que lo mantuvo escondido y le curó las heridas hasta que quedó restablecido.

Sus amigos le aconsejaron que se ausentara de Roma pero Sebastián se negó rotundamente. Se presentó ante un emperador desconcertado, ya que lo daba por muerto, y le reprochó enérgicamente su conducta por perseguir a los cristianos. Maximiano mandó que lo azotaran hasta morir, y los soldados cumplieron esta vez sin errores la misión, tirando su cuerpo en un lodazal. Los cristianos lo recogieron y lo enterraron en la Vía Apia, en la célebre catacumba que lleva el nombre de San Sebastián. Muere en el año 288.

Santa Inés: "Me entregaré sólo a Aquél que primero me eligió".

Los detalles de su martirio llegan a nosotros a través de una obra llamada *Actas* escrita en el siglo V, es decir, más de un siglo después de ocurridos los hechos que relata. Según este texto, Inés era una bella joven proveniente de una noble familia romana. Tuvo varios pretendientes, a los que rechazó por declararse fiel amante de Cristo (Cant 5,9-16). Entre ellos se contaba el hijo del prefecto de Roma, quien la denunció a su padre por ser cristiana. En aquellos tiempos, los cristianos se encontraban bajo la persecución de Diocleciano y se les condenaba con la muerte si se negaban a sacrificar a los dioses romanos. Fue juzgada y sentenciada a vivir en un prostíbulo, donde, milagrosamente permaneció virgen. Según las Actas de su martirio, aunque fue expuesta desnuda, los cabellos le crecían de manera que tapaban su cuerpo. El único hombre que intentó abusar de ella quedó ciego, pero Inés lo curó a través de sus plegarias. Más tarde fue condenada a muerte, y, cuando iba a ser decapitada, el verdugo intentó que abjurase, a lo que ella respondió: "Injuria sería para mi Esposo que yo pretendiera agradar a otro. Me entregaré sólo a Aquél que primero me eligió. ¿Qué esperas, verdugo? Perezca este cuerpo que puede ser amado por ojos que detesto." (Últimas palabras de Santa Inés).

S. Vicente: "hay dentro de mí un ser libre que nadie puede violar"

Vicente era bello y aristócrata, de una familia consular de Huesca, es el prototipo del ciudadano aragonés. Su padre, cónsul y su madre, Enola, natural de Huesca, lo confiaron a San Valero, obispo de Zaragoza, bajo cuya dirección hizo rápidos progresos en la virtud. A los veintidós años, el obispo, que era tartamudo, le eligió diácono y le confió el cuidado de la predicación. La actividad diaconal de Vicente se desarrolló durante una época relativamente serena y pacífica, pues en 270 el emperador Aurelio restableció la unidad del Imperio, y Diocleciano en 284 le dio una nueva organización, que favorecía la expansión de la Iglesia. Para llevar a cabo los edictos persecutorios, llega a España el prefecto Daciano, que permanece en la Península dos años, ensañándose cruelmente en la población cristiana. En Zaragoza arremetió contra los pastores para amedrentar al rebaño, mandó prender al obispo y al diácono Vicente, pero no quiso entregarlos al suplicio. «Si no empiezo por quebrantar sus fuerzas con abrumadores trabajos, estoy seguro de mi derrota», pensaba. Les cargó pesadas cadenas, y ordenó conducirlos a pie hasta Valencia, haciéndoles padecer hambre y sed. En el largo viaje, los soldados les afligieron con toda clase de malos tratos (Fil 3, 7-12).

Vienen a Valencia, colonia romana. El mismo Daciano se arrojó sobre la víctima, y le azotó cruelmente. El cuerpo de Vicente es desgarrado con uñas metálicas. Mientras lo torturaban, el juez intimaba al mártir a abjurar. Vicente rechazaba sus propuestas: "Te engañas, hombre cruel, si crees afligirme al destrozar mi cuerpo. Hay dentro de mí un ser libre y sereno que nadie puede violar. Tú intentas destruir un vaso de arcilla, destinado a romperse, pero en vano te esforzarás por tocar lo que está dentro, que sólo está sujeto a Dios".

S. Ildefonso, obispo: el martirio de hacer lo que otros necesitan.

Nacido en el 607, durante el reinado de Witerico en Toledo, de estirpe germánica, era miembro de una de las distintas familias regias visigodas. Según una tradición fue sobrino del obispo de Toledo San Eugenio III, quien comenzó su educación. Por el estilo de sus escritos y por los juicios emitidos en su *De viris illustribus* sobre los personajes que menciona, se deduce que recibió una brillante formación literaria. Según su propio testimonio fue ordenado diácono (632-633) por Eladio, obispo de Toledo. En un pasaje interpolado del *Elogium*, se dice que siendo aún muy niño, ingresó en el Monasterio de Agali, en los arrabales de Toledo, contra la voluntad de sus padres. Más adelante se afirma que «se deleitaba con la vida de los monjes», frase que debe interpretarse en el sentido de que desde niño se inclinó al estado religioso (Sal 73,25). Estando ya en el monasterio, funda un convento de religiosas dotándolo con los bienes que hereda, y en fecha desconocida (650?), es elegido abad. Muerto el obispo Eugenio III es elegido obispo de Toledo el a. 657, y obligado a ocupar su sede por el rey Recesvinto. En la correspondencia mantenida con Quirico, obispo de Barcelona, se lamenta de las dificultades de su época. Muere el 667, sepultado en la iglesia de Sta Leocadia de Toledo, y trasladado después a Zamora.

S. Francisco de Sales, obispo y doctor: el santo de la amabilidad.

Nació en el Castillo de Sales, de familia noble; desde pequeño fue un gran seguidor de san Francisco de Asís. A los 13 años viajó a París para estudiar con los jesuitas. Después estudió Derecho y Teología en la Universidad de París y en la de Padua. Deseaba ser sacerdote, pero se lo ocultó a su padre; sólo su madre y amigos íntimos lo sabían. Al terminar de estudiar, un acontecimiento ayudó a su ordenación: el Papa, quien lo nombró deán del capítulo de Ginebra. El nombramiento llegó de sorpresa para su padre, quien aceptó la ordenación, acaecida en 1593. A partir de ese momento, ejerció el sacerdocio con bastante trabajo y dedicación. Tomó como ejemplos de vida a S. Francisco de Asís y a san Felipe Neri con lo que desarrolla una personalidad alegre, paciente y optimista. Sus inicios como sacerdote los ejerció entre los pobres.

En 1594, fue a una zona dominada por calvinistas. En un inicio fue echado por los pobladores y tuvo que pasar temporadas viviendo en la intemperie y de manera rudimentaria, evitando dos intentos de asesinato e incluso ataques de lobos, pero su celo y trabajo empezaron a dar fruto. Debido a su carácter amable y paciente y a una propaganda hecha a mano y distribuida casa por casa, profunda en su contenido, refutando las ideas calvinistas, logró cautivar a los pobladores y convertirlos (Jn 17,19). Resumió su labor en esta frase: ***Yo he repetido con frecuencia que la mejor manera de predicar a los herejes es el amor, aun sin decir una sola palabra de refutación contra sus doctrinas.***

Conversión de San Pablo: "Yo soy Jesús, a quién tu persigues"

Perteneció a la casta de los fariseos. Había nacido en Tarso, que pertenecía al mundo grecorromano; quien nacía allí tenía la categoría de ciudadano romano y lo era tanto como el centurión, el procurador, el tribuno o magistrado. A los dieciocho años se fue a Jerusalén para aprender cosas del judío verdadero, las de la Ley patria, la razón de las costumbres; ansiaba profundizar en la historia del pueblo y en su culto. Gamaliel lo informó bien por unos cuartos. Aprendió las cosas yendo a la raíz, no como las decía la gente poco culta del pueblo sencillo y llano. Supo más y mejor del poder del Dios único; malamente soportaba con su pueblo el presente dominio del imponente invasor. Esto le ponía furioso.

La Fiesta de la Conversión de Pablo (Hch 9) no nos habla de un hombre que se dejó matar sino del encuentro que mató su orgullo: Viajando hacia Damasco, cuando maquinaba amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, el mismo Jesús glorioso se le reveló en el camino, eligiéndole para que, lleno del Espíritu Santo, anunciase el Evangelio de la salvación a los gentiles. Tres días para rumiar su derrota y hacerse cargo en su interior de lo que había pasado. Y luego, el bautismo. Un cambio de vida, cambio de obras, cambio de pensamiento, de ideales y proyectos. Su carácter apasionado tomará el rumbo ahora marcado sin trabas humanas posibles -su rendición fue sin condiciones- y con el afán de llevar a su pueblo primero y al mundo entero luego la alegría del amor de Dios manifestado en Cristo. Sufrió muchas dificultades a causa del nombre de Cristo.